

el ethos del conocimiento y la universidad

Enrique Manuel Luengo González*

Mutua movilización entre universidad y contexto

La relación entre la universidad y su contexto no se agota en la investigación, es decir, en la producción de conocimientos que la universidad hace sobre su entorno, pues la investigación no lo dice todo sobre el contexto, así como el conocimiento científico y técnico no lo es todo en la realidad del mundo, de la condición humana y de la vida (Gutiérrez, 2003: 140-148).

El interrogarse humano es más amplio que el espectro del conocer científico y técnico. A la riqueza del conocimiento objetivo habría que sumarle los caminos del saber simbólico y artístico, el ámbito de la ética y de la búsqueda de significados. Además, la universidad es algo más que un lugar de producción científica y técnica, es la oportunidad de diálogo, pensamiento, reflexión, innovación e intercambio de ideas, siempre abierta a las preguntas.

Frente a las visiones dogmáticas y acrílicas de sociedad que se intenta imponer a los universitarios —el neoliberalismo o la competencia en el mercado global como única alternativa, por ejemplo—, la universidad debe insistir en ser el lugar de la síntesis cognitiva, de la orientación ética y del sentido civilizador que permita elaborar juicios sobre la finalidad de la sociedad, de lo que está en sus orígenes y de lo que amenaza su naufragio (Freitag, 2004: 28). Esa ha sido la historia de la universidad, por lo tanto no puede perder su vocación para orientar a la acción humana colectiva e individual, proponer e indicar horizontes, adelantarse a los riesgos del futuro, ofrecer alternativas o retornar al pasado para aprender de su historia.

Conocer desde el ethos de la universidad

La universidad no tiene porque obedecer siempre a la realidad ni tiene porque serle siempre infiel. La universidad y la sociedad no marchan uniformemente, se niegan y

* Director de Integración
Comunitaria, ITESO
luengo@iteso.mx

afirman parcialmente, se complementan e interconstruyen mutuamente. En ocasiones la universidad abre caminos a la sociedad y en otras la sociedad le exige respuestas.

En tiempos difíciles como los que hoy vivimos, las instituciones de educación superior están éticamente llamadas a reforzar su mensaje, y esto es especialmente pertinente para las universidades jesuitas (Gutiérrez, 2003: 150).

La reflexión ética sobre el alcance de los propósitos universitarios deberá contemplar el sentido y preocupaciones de las acciones académicas

Es desde su propio *ethos* e identidad institucional, desde su núcleo fundante, desde los ideales y propósitos universitarios más profundos, que los cuerpos académicos

de las universidades deberán movilizarse para enfrentar el desafío de la definición, búsqueda de alternativas y resolución de problemas que conciben como propios a su naturaleza institucional. Además, la universidad debe mantener la atención crítica sobre la múltiple y diversa realidad, intentando hacer coincidir su propia trayectoria, recursos y tradición, con las demandas, solicitudes y urgencias del cambiante contexto.

La reflexión ética sobre el alcance de los propósitos universitarios deberá contemplar el sentido y preocupaciones de las acciones académicas. Lo anterior es particularmente importante en lo referente a la producción de conocimientos a través de la investigación, pues no necesariamente son atendidos los problemas y temas más urgentes de nuestra realidad. Esto muchas veces es así, dado que vivimos en una sociedad organizada para el beneficio de unos cuantos, y las universidades, por su composición y por los intereses implí-

tos de los grupos sociales con los que interactúa, no necesariamente representan suficientemente esta realidad diversa, en sus problemas y aspiraciones.

En síntesis, una ética del conocimiento universitario debe tener presente un riesgo que se les puede revertir a las instituciones de educación superior. Ese riesgo es la disminución de su pertinencia social en el campo de la investigación o el conocimiento que produce, pues como escribe Alfredo Gutiérrez (2003), «las sociedades reducen sus horizontes cuando las universidades y el conocimiento no tienen qué proponerles» y con ello se genera un proceso de retorno, pues las universidades, al limitar su aportación social, reducen su pertinencia para el conjunto de la sociedad.

Reivindicación de la ética en la producción del conocimiento

La ciencia y la técnica durante los siglos XVIII al XX fueron formas de conocimiento consideradas como ilimitadas, indiscutidas y sin rival. Durante esta «era de la razón», la dinámica de las sociedades estuvo orientada por los crecientes descubrimientos científicos y por sus múltiples aportaciones prácticas. Ello demostraba que el progreso era posible y que las mejoras materiales llegarían a todas las poblaciones en su momento; era cuestión de tiempo para llegar a lo que se prometía. Durante esos mismos dos siglos, la ética iba quedando enclaustrada en los espacios académicos, bajo los auspicios de la filosofía y la religión (Merton, 1980: 65).

Sin embargo, a mediados del siglo XX, el conocimiento científico y tecnológico se vio sorprendido por ataques, restricciones y recriminaciones. La teoría atómica y su

derivado, los devastadores impactos de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, sorprendieron a los científicos e hicieron que se preguntaran sobre las consecuencias de su labor. Los cuestionamientos a la investigación científica y tecnológica se multiplicaron en diversos campos: en el tema del desarrollo económico de los países del tercer mundo, en el área del deterioro medio ambiental, en la búsqueda de criterios para delimitar la participación científica en la reproducción asistida y las manipulaciones genéticas, etcétera.

Por otra parte, desde el último cuarto del siglo XX, se observó un retorno del discurso ético, muy posiblemente como signo de un malestar social debido a la falta de criterios para orientar la acción de los individuos y las colectividades. Con la agudeza que le caracteriza, Cornelio Castoriadis se pregunta la razón del retorno de la ética, y reconociendo argumentos múltiples entrelazados, él mismo se responde, señalando tres de ellos como los más importantes:

1. El fracaso de la gran política en su papel más importante en la solución de los problemas humanos. Es el caso demostrado por la pulverización de la ideología marxista, el derrumbe de los regímenes totalitarios, la impotencia del liberalismo conservador, la corrupción e incompetencia de los políticos profesionales y la privatización de los individuos ante la ineficiencia de los partidos.

2. El fracaso de la tecno-ciencia como la otra vertiente que detentaba las soluciones a los problemas de la humanidad. Las pretendidas soluciones científicas y técnicas a los problemas de la realidad generaban más problemas y muchos interrogantes éticos. Por ello, entre otras

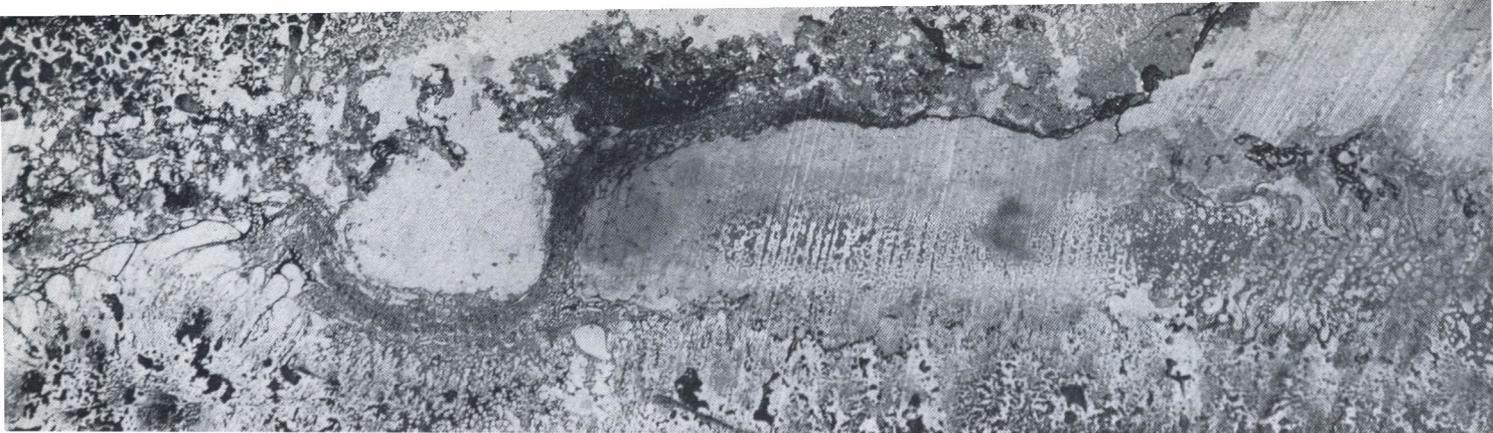
cosas, se dio el surgimiento y creación de diversos comités de ética en diversos campos disciplinares y en organismos internacionales, como por ejemplo, el programa de ética de la ciencia y la tecnología de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). De esta manera, asociaciones diversas de científicos elaboraron declaraciones y manifiestos sobre la relación ciencia-sociedad, donde definieron los valores, normas, obligaciones, responsabilidades, intereses y sanciones para todos aquellos científicos que intervienen en la producción y difusión del conocimiento científico.

3. Finalmente, la crisis general de las sociedades occidentales, las crisis de las normas, los valores, los puntos de referencia, las motivaciones y los significados que mantienen cohesionadas a las comunidades para permitir que éstas funcionen y se mantengan, es decir, lo que Castoriadis llama «crisis de las significaciones imaginarias sociales» (1998: 204-206).

La triple promesa incumplida (de la gran política, la tecnología y las significaciones sociales) provocó que nunca como hasta ahora —nos dice Michel Freitag— el tema de la ética había despertado tal interés en sentidos tan diversos y en lugares tan variados como insólitos. Prácticamente en los países desarrollados no existe actividad organizacional pública que no cuente con la supervisión o control de un comité de ética o algo similar (2004: 194); esta tendencia se va extendiendo a otras regiones geográficas

Asociaciones diversas de científicos elaboraron declaraciones y manifiestos sobre la relación ciencia-sociedad





La familia (fragmento) / Jaime Gallardo

del planeta. Sin embargo, en el campo del conocimiento científico y técnico, continúa el autor, los problemas éticos que se plantean son también subproducto de la fragmentación que produce una sociedad parcializada y tecnocratizada, por lo que el tratamiento de dichos problemas se hace desde la lógica de la especialización, sin considerar el conjunto.

Reivindicación de la ética desde la universidad

Son estas razones relacionadas con el retorno de la ética las que muy probablemente expliquen también el despertar del interés ético en las universidades, así como el consecuente tema de los valores en la educación, tan común en nuestros días. Y son estas mismas carencias las que deberíamos asumir como parte de nuestra responsabilidad universitaria.

Siguiendo las tres razones que explican el resurgimiento de la ética en estos últimos años es que podemos proponer algunas ideas en torno al compromiso y responsabilidad ética de las universidades en el presente.

En lo referente a la política —es decir, a la actividad colectiva, reflexiva y lúcida que pone en cuestión y define las instituciones de nuestra sociedad— los universitarios debemos contribuir a la discusión en torno a la sociedad a la que aspiramos y, en relación a ello, a los tipos de instituciones y las estrategias que

pueden ser útiles para impulsarnos en la dirección deseada. Esto obliga a pensar y luchar por las representaciones del mundo y por los supuestos que las sostienen. Aquí, el papel de la ética es obligar a clarificar los supuestos, no sólo de lo que aceptamos y justificamos (examinando la lógica de su funcionamiento) como organismos sociales, sino los supuestos para proponer la creación de instituciones sociales alternativas que nos conduzcan a otras posibilidades de sociedad. En otras palabras, los universitarios no podemos dejar de pensar en mejores posibilidades de convivencia humana y del cuidado de la tierra como su hábitat planetario.

El proceso de descomposición de las sociedades occidentales —denominado por otros como decadencia de Occidente, crisis de civilización o crisis de la sociedad— está por comprenderse y por ser analizada con mayor profundidad, y es este ámbito un desafío para la inteligencia de los universitarios. A pesar de las múltiples manifestaciones de deterioro y fracaso de la sociedad: ¿cómo explicar su persistencia?, ¿de qué manera se manifiesta socialmente la inconformidad social?, ¿por qué la emergencia de movimientos y corrientes de diverso tipo que han pretendido modificaciones esenciales a diversas instituciones sociales no han logrado concretar todas sus expectativas y aun algunos movimientos tienden a su desaparición?, ¿qué nuevos movimientos se vislumbran?, ¿en qué medida las sociedades occidentales, a pesar de la agudeza

del malestar en muchos grupos, siguen produciendo el tipo de individuos necesarios para seguir operando?, ¿desea el individuo contemporáneo la sociedad en que vive?, ¿quiere otro tipo de sociedad?, ¿quién pudiera decir cuál tipo de sociedad y cuáles son sus posibilidades?, ¿en qué términos ha de concebir su futuro esta sociedad?

La búsqueda de respuestas —siempre abierta e inconclusa— a tales interrogantes es una tarea del conocimiento complejo y de una ética relacionada con el mismo.

Ética y pensamiento complejo

Finalmente, en el campo del conocimiento científico y técnico, que es el que centralmente nos ocupa en este artículo, los universitarios debemos aceptar nuestra conciencia como académicos e investigadores, pues es un requerimiento necesario para construir la conciencia de responsabilidad científica y humana que puede conducirnos a una ciencia con conciencia (Morin, 1984: 93), no a una ciencia que separa hechos y valor, ciencia y filosofía, conocimiento objetivo y especulación ética, sino que vincula en un circuito crítico el saber y el deber, en un vínculo que al tiempo que reconoce la autonomía de la ética, la religa con el conocimiento. Esto es lo que Morin entiende por la ética del conocimiento.

Pero, ¿cómo podemos avanzar en la ética del conocimiento? La ética del conocimiento debe movilizar la inteligencia con el propósito de afrontar la complejidad de la vida (Morin 2006: 67-73). Lo anterior significa que la universidad debe conocer

mejor y seleccionar mejor lo que investiga.

¿Qué significa más y mejor conocimiento? Significa no detenerse en nuestra formación tradicional monodisciplinar, cerrada y autosuficiente; luchar contra las cegueras y las ilusiones del conocimiento; reconocer las incertidumbres y contradicciones de la realidad; incluir al observador en su observación; oponerse a la atomización y parcelización del saber; considerar los contextos y visiones de conjunto y no sólo los fragmentos y parcialidades de los mismos. Significa también avanzar en el conocimiento inter y trasdisciplinar de la realidad física, biológica y social, lo que da posibilidad a otras visiones y valoraciones, así como a otras capacidades de respuestas y resolución ante los problemas investigados.

Más y mejor conocimiento es un conocimiento articulado desde su generación y producción —pasando por su reorganización— hasta su difusión y socialización. De esta manera el pensamiento complejo puede ayudar a movilizar la ética, pues la ética debe tener conocimiento de las condiciones objetivas de la realidad en la que se ejerce, y a su vez, la ética puede movilizar al pensamiento complejo, señalándole caminos mejores, más profundos, prioritarios o urgentes para el conocimiento.

En síntesis, una ética del conocimiento universitario, vinculada a un pensamiento complejo, tiene que estar destinada a coincidir en la realidad, a co-laborar en nuevas posibilidades de la misma. ■

■ REFERENCIAS

Castoriadis, Cornelio (1998) «La ética como encubrimiento» y «La crisis de las sociedades occidentales». En *El ascenso de la insignificancia*. Madrid: Frónesis/Cátedra/Universitat de València.

Freitag, Michael (2004) *El naufragio de la universidad*. Girona: Pomares.

Gutiérrez, Alfredo (2003) *La propuesta I: Edgar Morin, conocimiento e interdisciplina*. México: UIA Ciudad de México.

Merton, Robert (1980) «Los imperativos institucionales de la ciencia». En Barry Barnes

et al. Estudios sobre sociología de la ciencia. Madrid: Alianza Universidad.

Morin, Edgar (2006) *El método IV: Ética*. Madrid: Cátedra.

— (1988) *El método III: el conocimiento del conocimiento*. Madrid: Cátedra.

— (1984) «La responsabilidad del investigador ante la sociedad y el hombre». En *Ciencia con conciencia*. Barcelona: Anthropos.